

¡ PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS, SUPRIMID EJERCITOS, POLICIAS,
PRODUCCION DE GUERRA, FRONTERAS, TRABAJO ASALARIADO !

ALATMA

Nueva Serie
FOMENTO OBRERO REVOLUCIONARIO
Núcleo M

2º trimestre 1973

Bolenín nº 25

LOS REACCIONARIOS VALIENTES

Nada más que en San Andres del Besós, suburbio obrero de Barcelona, hubo el mes de abril un muerto, un desaparecido, decenas de heridos, centenares de detenidos. Muchos más heridos contusionados y detenidos en otras partes. Se cuentan por decenas los trabajadores y estudiantes víctimas de los mismos fusiles policíacos en los años recientes, sin hablar de los millares de hombres condenados a largos años de prisión. Pero, caso rarísimo, ha muerto también un "representante del orden". ¿Cómo? En uno de esos actos de arrojo en que centenares o miles de policías, armados desde el instrumento contundente a la ametralladora, estratégicamente situados y muy entrenados, cargan manifestantes más o menos numerosos, por completo desarmados siempre, y que acuden a sabiendas de que sólo podrán oponer a las balas el pecho descubierto. Si murieran, no uno sino todos los policías, aún estarían los manifestantes en un caso patente de legítima defensa. Legítima por partida doble: porque se defienden a mano limpia contra una agresión armada y premeditada de gente que, por añadidura, tiene garantizada la impunidad legal, y también legítima en el más alto grado por lo que representan respectivamente los manifestantes y las fuerzas del orden. Parte, los primeros, de la clase que crea toda la riqueza existente sin recibir más que una pequeña porción para malvivir (salario), por añadidura maltratada y sin ninguna libertad. ¿Y los componentes de la segunda, que son? Individualmente, casi todos haraganes que han encontrado esa manera de comer y de asegurarse el porvenir sin pena; colectivamente, tropa mercenaria alquilada en permanencia para la ejecución de las obras más vilos del sistema; socialmente, nada, sino parte de la escoria humana continuamente creada por el capitalismo, como crea estafadores, ladrones profesionales, carteristas, prostitutas y chulos, sin hablar de la escoria situada arriba.

Precisamente con ocasión de la muerte del policía referido, los altos y los bajos peldaños de la matonería oficial han coincidido, los unos reclamando más armas y mayor holgura para dispararlas, los otros, por boca del ministro de Gobernación, declamando que las armas eran precisamente para dispararlas y aumentando el contingente policíaco. ¡Fuego a discreción! ¡Adelante los valientes, contra esos cobardes manifestantes que se atreven a enfrentárseles desarmados!

La policía y los ejércitos --esa segunda policía reservada para casos de mayor envergadura-- se parecen unos a otros en todo el mundo y desempe-

ñan el mismo bajuno papel. Pero en la España franquista, las bravuconadas policiaco-militares pidiendo matar más cobran un sabor exclusivo en el mundo. En efecto, al régimen se le pone carne de gallina recordando que en 1936, el 19 de Julio exactamente, los trabajadores, con pocas y malas armas, aniquilaron en batalla al ejército nacional. Es decir, no ignora que sus matasietos serían hechos trizas otra vez, pese a sus pertrechos y a su adiestramiento, si la clase obrera dispusiese de un mínimo de armas y de organización propia. Y el régimen, que subió al poder pasando por montañas de cadáveres, no conoce otro medio de quitarse esa pesadilla que llenando las cárceles y matando a manifestantes inermes. Mas ahora están cambiando los tiempos; su terrorismo organizado ya no le servirá, en el mejor de los casos, sino para retrasar el momento del batacazo.

El episodio contiene también una significación política de gran importancia. Porque el resultado directo de la batalla del 19 de Julio entre los explotados y las "fuerzas del orden", fué el derrumbe brusco de las estructuras capitalistas, desde la propiedad hasta el Estado. Aunque éstas fueran luego reconstituídas y finalmente puestas en las manos de la dictadura cirigo-militar-fascista, el sistema social existente fué destruido, no sólo su régimen político entonces. Es decir, que el capitalismo fué vencido en la mejor de las formas por las masas trabajadoras por él explotadas. Ese hecho reposa en la consciencia colectiva, listo para emerger a la superficie en cuanto la ocasión se presente. Con mayor nitidez aún que los explotados, lo perciben los explotadores y sus gobernantes, los actuales... y otros potenciales, hoy "antifranquistas". Suponiendo lo que empieza a perfilarse, una gran acción del proletariado en toda la península, ¿qué va a hacer éste sino sobrepasar lo de 1936? De ahí el pánico de los gobernantes y de sus esbirros ante el renacimiento de la combatividad.

Aunque hubieran transcurrido más de 37 años, lo ocurrido en 1936 seguiría cirniéndose como una amenaza, no sólo para los gobernantes actuales del sistema, sino también para los potenciales, concretamente, aquellos que en la zona roja fueron carcomiendo la obra revolucionaria de las masas, hasta dar al capitalismo la prolongación artificial de vida que es el régimen de Franco. Por eso, hoy unas y otras tendencias coinciden en lo esencial aún rivalizando. Dentro del régimen, el Opus Dei y algún que otro sector, en la clandestinidad lo que podríamos llamar el Opus Stalin, se agitan y convergen en el proyecto de cortar el paso a la actividad revolucionaria de las masas, a fin de que continúe en pié el capitalismo.

Está lleno y claro de significación, que simultáneamente a las peticiones de fuego a discreción, el Opus Stalin se felicita de que gracias a las Comisiones de policía armada y de oficiales del ejército, los dos cuerpos obtuvieran satisfacción a sus "justas reivindicaciones". Están preparando el post-franquismo, con la misma policía y el mismo ejército.

CLASE REVOLUCIONARIA, ORGANIZACION POLITICA
DICTADURA DEL PROLETARIADO

II

"La revolución no es asunto de partido alguno" (Der Revolution ist keine Partei Sache) sentenció Otto Rhule en su tiempo con la izquierda alemana, y años después lo pormenorizó Pannekoek en el librito "El comunismo de los consejos". En ellos se invierte la concepción bordiguista del partido en una concepción consejista de no-partido, que hoy retoña aquí y allí en grupos de militantes escaldados por la experiencia rusa, aunque en general sin el acendramiento revolucionario de los consejistas primigenios.

Examinadas con todo rigor, no se trata de dos concepciones diametrales, sino de un mismo planteamiento naturalista que parte, en un caso de la teoría revolucionaria como absoluto histórico encarnado en El Partido, en el otro caso de una virtualidad empírica del proletariado, elevada también a lo absoluto histórico mediante los consejos. La garantía de la revolución comunista está en El Partido o en Los Consejos, según se elija. Y así como el naturalismo de la concepción bordiguista procede de una asimilación de proletariado y partido a un complejo fisiológico, el de la concepción consejista amuralla ese mismo complejo en los lindes de la clase proletaria, con exclusión de todo partido. A ojos de la primera, la democracia es un escarnio, mientras que en su forma obrera o consejista es para la otra el supremo, el exclusivo agente de la revolución y del comunismo.

Una dificultad insuperable de la ideación consejista estriba en que su primera medida tendría que consistir en la prohibición de cualquier partido, decapitando del mismo golpe su famoso agente revolucionario: la democracia obrera. Partido es cualquier agrupación de personas por afinidad de ideas o concepciones teóricas. Partido político han sido siempre los anarquistas, muy a despecho de sus denegaciones. Ni los consejistas ni grupo imaginable alguno, preválgase de una teoría u otra, constituirá, jamás caso aparte. De manera que la concepción de no-partido llevaría los consejistas a ejercer la dictadura ellos y no el proletariado, a semejanza del bordiguismo que de antemano la reclama para sí.

Antes de situarlo en el estadio post-revolucionario, el proyecto consejista presenta una falla sobrado grave para hacer de él algo inoperante. La aparición de los organismos obreros o consejos tiene que ser, en su visión, muy anterior al momento de la toma del poder político, y han de disfrutar, todavía en el seno de la sociedad capitalista, de condiciones óptimas de libertad durante tiempo indefinido. Sin ella, en efecto, resultaría imposible que por su propia experiencia y deliberación, ajenos a la experiencia pasada y a la teoría de él o los partidos revolucionarios, llegasen los consejos al momento y a la decisión de la toma del poder, no digamos a otras decisiones de mayor calado. Imaginando tal caso posible, la revolución misma se convierte en supérflua. La transformación del capitalismo en comunismo sería un proceso reformista, evolutivo y no revolucionario. Tanto más cuanto que el empirismo descubridor de los consejos tendría que continuar hasta la desaparición de las clases y de sus innumerables consecuentes. En nombre de una experiencia que en buena cuenta se limita a ser, mal que bien, la de la revolución y la contrarrevolución rusas, el consejismo arroja por la borda toda la teoría y la experiencia revolucionaria adquiridas en el decurso de siglo y medio, mismas que recogen, siquiera fragmentariamente y con yerros, las tendencias revolucionarias.

Por otra parte, está lejos de ser indudable, y más lejos todavía de ser obligatorio, que los órganos obreros de poder o consejos se organicen antes del aniquilamiento del poder capitalista, por más que las actuales tendencias revolucionarias, demasiado apegadas, pese a todo, al modelo ruso, vivan pendientes de su creación. Una revolución es algo demasiado hondo y proterico para sujetarse a reglas de desenvolvimiento. Es ahí donde aparece la espontaneidad y no en lo que pretende el llamado espontaneismo. En la revolu-

ción alemana de 1918-19, donde surgieron los consejos por repercusión de los soviets rusos, quedaron enseguida mediatizados por diversas corrientes pseudo o semi-revolucionarias. En lugar de progresar experimentalmente, retrocedieron hasta anular sus potencialidades revolucionarias. En China, tampoco se sobrepusieron a la orden de disolución girada por Stalin via Mao Tse-tun y comparsas. En cambio, no existía un sólo consejo en la España de 1936, antes de que el proletariado despedazase al ejército nacional y con él todas las estructuras capitalistas. Llamándose comités, aparecieron, no como condición de la acción insurreccional, sino como su resultado instantáneo. Durante varios meses fueron ganando localmente prerrogativas económicas y políticas, decayendo luego hasta su extinción, debido a la misma insuficiencia revolucionaria que en los casos citados. El ejemplo de España infirma aún mejor que los otros la concepción consejista, pero, por lo que respecta a la aparición de los órganos de poder, tenderá probablemente a repetirse con variantes, cual insinuó en Francia la situación de Mayo de 1968.

En resumen, faltándoles la más certera inspiración revolucionaria, y por lejos que vayan, los consejos u órganos obreros de poder no pasan de ser un episodio importante de la lucha de clases, pero circunscrito en el capitalismo o a él retrollevado, como lo demuestra el caso de España y el de Rusia mismo, si bien de otra manera éste. Por su propia naturaleza, la existencia de los consejos, y por ende su experiencia, no puede prolongarse mucho tiempo sin alcanzar el primer objetivo revolucionario: arrancar de cuajo el capitalismo. La relación clase-teoría revolucionaria (en su aspecto actuante consejos-partido) no es un injerto artificial de dos factores de origen distinto, sino la manifestación dialéctica, la unidad dual de un sólo devenir histórico. Sólo ella abrirá calle, mediante la revolución y el comunismo, a una unidad dialéctica superior, entre la naturaleza y la especie humana.

Puede argüirse con entera razón que son los partidos los culpables del fracaso de los consejos, lo que ilustran los consejistas con estampas de la revolución rusa. Algunas de esas estampas están retocadas, más ello no quita verdad al hecho de que los bolcheviques, acaparando los soviets, se substituyesen como partido al proletariado y facilitasen la contrarrevolución, aquello mismo que pretendían evitar. Sin considerar aquí lo peculiar de la revolución rusa, el defecto está en la concepción que se hacían los bolcheviques del partido y de los órganos de poder. Ese defecto llama a otra clase de concepción, pero reafirma en lugar de anular la unicidad necesaria entre órganos de poder y partido. Sin las ideas de los bolcheviques sobre la revolución mundial, los soviets no habrían ejercido el poder siquiera un instante. Para bien como para mal, esa relación jugará siempre, porque no existirá jamás práctica revolucionaria duradera sin ideas, ni idea revolucionaria válida sin práctica.

En el consejismo creen sus parciales haber descubierto el remedio infalible contra la burocratización, cual si ese virus no pudiese infectar a los consejos igual que a un partido, a un obrero no menos que un intelectual. La clase como tal está a salvo de burocratización, pero no una parte cualquiera de sus componentes. Abundan los ejemplos. El remedio tiene que atacar las causas, no los efectos. Dondequiera que haya funciones especiales que desempeñar, distintas de las del vivir cotidiano de la mayoría, allí germinará el virus burocrático con tanta mayor facilidad cuanto menor sea la densidad revolucionaria de quienes las desempeñen. Porque la causa última de la burocratización, disposiciones psíquicas comprendidas, está en la satisfacción artificial, de parada, puramente vanidosa, que los hombres buscan para encubrir la ausencia de satisfacción individual verdadera, la carencia de personalidad a que, en general, no pueden escapar en la sociedad de explotación. Es una manifestación de la alienación del hombre y sólo desaparecerá por completo al paso de ésta. Lo importante es que una revolución estructure la sociedad de forma que desaparezca la ley del valor y el Estado. Con la desalienación resultante se esfumarán las estúpidas

satisfacciones burocráticas y los graves peligros que conllevan.

Ninguna tendencia consejista, nueva o antigua, parece haberse dado cuenta de que los consejos obreros son una forma de organización pasajera, interina, como la dominación social de la clase obrera misma. Si la clase obrera ha de desaparecer, signo único de acceso al comunismo, los consejos u órganos de poder también. De modo que éstos no durarán sino el tiempo que tarde en desaparecer la huella infamante de las clases. En cambio, la agrupación de las personas por tendencias, es decir, por partidos, adquirirá mayor importancia y fecundidad gracias a la cultura generalizada que arrumbará la milenaria división del trabajo en intelectual y manual. No se tratará, cierto, de partidos en el sentido actual del vocablo, con intereses materiales opuestos, o simplemente de prestigio, pero sí de grandes grupos de pensamiento, en leal brega por tal o cual solución^a tal o cual problema. La sociedad actual estereotipa a los hombres por categorías, mengua, suprime o pervierte la personalidad de casi todos. En cambio, la individuación máxima de cada uno, que irá extendiéndose y afirmándose a medida de la organización del comunismo, pondrá en juego capacidades de elección y de creación en todos los dominios, de que no dispone hoy nadie. La división y la contienda entre partidos tendrá lugar sin menoscabo material ni moral para ninguno y redundará en beneficio del devenir colectivo. Mucho antes, los consejos se habrán diluido, junto ^{con} las clases, en el conglomerado humano.

De los dos términos de la unidad dialéctica: consejos-partido (proletariado-teoría revolucionaria en su forma más general) el uno es perecedero, mientras que el otro irá revivificándose y diversificándose en contenido y número, a medida que se profundice y ensanche el conocimiento de la humanidad una, en cuanto término antitético complementario del mundo exterior. Por ello mismo importa superlativamente reafirmar que ningún partido podrá suplantar a los consejos o manejarlos, sin destruirlos y sin destruirse él también como factor revolucionario. Sólo por facilidad de expresión, e incorporando diversos matices en un sólo color, cabe hablar de partido en singular, a semejanza del Tercer Estado tomado como partido antes de la revolución francesa. Aunque es de suponer que en algunos casos la revolución sea inspirada principalmente por un sólo partido o se identifique con él, ese mismo lleva en su seno el germen de varios otros, cuyos contornos se perfilarán en el período post-revolucionario. Pueden, también, surgir al margen. Fuere lo que fuere, la lucha de tendencias en los órganos obreros de poder debe ser libérrima y estar sujeta a la regla de mayoría. La dictadura de la burguesía sobre la sociedad tuvo su más alta expresión en el ejercicio simultáneo o sucesivo del poder por varios partidos suyos. El proletariado es mucho más homogéneo que la burguesía. Su cohesión material irá en aumento tras la toma del poder, al mismo paso que deje de ser clase, y paralelamente se multiplicarán las posibilidades de tomar iniciativas en el dominio social y en cualquier otro. La pluralidad de partidos le será tanto más propicia cuanto que prefigura la gama infinita del conocimiento desalienado, y que prefigura también la conquista de la libertad frente a la necesidad, dicho quede sin pedir excusas a los detractores de la libertad en nombre de la dictadura de partido. La dictadura del proletariado nada tiene de común, en efecto, con una tiranía individual o colegial. Es una situación social inducida, como la corriente de un circuito eléctrico en otro, por las relaciones de clase anteriores, provisional por consecuencia, y en lugar de excluir la democracia, ha de darle veracidad y amplitud desconocidas antes.

A tal respecto, cobra importancia grande, ya que no decisiva, definir lo que ha de entenderse por partido revolucionario. Hablar de la revolución y del comunismo para un futuro más o menos remoto, es charlatanería aviesa en unos casos (stalinismo confeso o vergonzante) y en otros atardado conservantismo econoñista. Aquellos buscan intencionalmente el capitalismo de Estado; los segundos no, pero caerían en él por vicios de concepción y atavismo. Tampoco basta aceptar y propugnar el poder político de los can-

consejos obreros, el armamento de la clase y la socialización de la economía. Hay que afinar aún exigiendo:

- a) que el poder de los consejos no sea asimilado^{al} de un partido o al de varios partidos coligados;
- b) que el armamento de la clase excluya la formación de ejército o de policía profesionales;
- c) que la socialización signifique entrega a la sociedad de los instrumentos de producción, los indirectos y auxiliares incluidos (centros docentes, informativos, etc.), ello por intermedio de la clase trabajadora en su conjunto, y al quebrantamiento inmediato de la ley del valor (intercambio de equivalentes) hasta su desaparición mediata, el todo en contraposición a la propiedad de Estado y a cualquier control obrero o autogestión.

En fin, un partido revolucionario puesto en minoría por otros partidos situados dentro de esos lineamientos generales, debe inclinarse. Por el contrario, debe llamar a las armas contra quienesquiera los conculquen, incluso si tuvieran mayoría, y contra quienes pretendan asumir por su exclusiva cuenta el cometido comunista del proletariado.

No obstante, ni lo dicho ni cualquier otra precaución constituirá garantía cierta frente al peligro contrarrevolucionario, ni aun siquiera el derecho de insurrección bien estatuido. Mientras no decaigan hasta desaparecer las relaciones capitalistas de distribución, que presuponen las de producción, el peligro permanecerá. De ahí que toda revolución verdadera deba, ante todo, preocuparse de terminar con el trabajo asalariado, asiento de la demoleadora ley económica del valor y de todos los valores morales del capitalismo, amén de sus corruptelas decadentes, estúpidamente presentadas a menudo como revolucionarias.

Resumiendo, la distinción entre clase revolucionaria y revolucionarios, tan visible en épocas de letargia política, empezará a reabsorberse con la revolución e irá disipándose con la actual tria económico-cultural, que es, en último análisis, de donde procede. Mas no serán los revolucionarios, y por ende sus partidos, los que se extinguirán, no, sino ^{la} sociedad entera, en posesión de sí misma y por su propio funcionamiento, la que será revolucionaria.

En cuanto a la estructura orgánica particular de un partido revolucionario, no puedo representármela sino inspirada por las tareas post-revolucionarias, tal como quedan expuestas, y de las cuales se desprenden por sí sólo las tareas pre-revolucionarias. La estrategia genera la táctica; la finalidad apronta sus propios medios. No es necesario, ni cuadra en este trabajo formular los estatutos de un partido. Pero sí es oportuno establecer algunos puntos importantes, experiencia por consejo.

1 - Con excepción de lo que pudiera servir a la represión policiaca, la polémica política o teórica debe de ser pública, no interna y reservada a los afiliados. Aun cuando tenga lugar en boletines especiales, éstos deben ser puestos a disposición de cualquier trabajador, con o sin tendencia. El pensamiento revolucionario no se concilia con ninguna clase de esoterismo, ni siquiera el esoterismo formal de "para nuestros militantes sólo".

2 - El derecho de fracción debe estar garantizado por las reglas de organización, hasta el límite compatible con los principios de la misma.

3 - En todos los organismos electos, las minorías deben estar representadas proporcionalmente, desde el escalón local hasta el mundial cuando lo hubiere.

4 - La selección de comités debe hacerse por voto directo hasta el máximo que permitan las posibilidades de relación entre designantes y posibles designados, evitando el nombramiento de un comité restringido por otro u otros comités elegidos por votación directa o de segundo grado.

5 - El congreso elige la dirección del partido, y él mismo, si hubiere lugar, una comisión restringida para despachar los asuntos corrientes, pero sin poder de decisión.

6 - Ningún comité tendrá la facultad de incorporarse por decisión propia nuevos miembros, siquiera sea provisionalmente, hasta ratificación por los militantes o por sus delegados. Tal derecho, como el de destitución, pertenece constante y exclusivamente a los afiliados.

7 - La expulsión de una ^{deberá sujetarse a mayoría de dos tercios.} sección o de una fracción, la dirección sólo tendrá la facultad de razonar una petición de expulsión. Tratándose de individuos, la dirección tendrá facultad para suspender sus actividades exteriores como miembro del partido, hasta decisión definitiva por las asambleas, pero sin privarlo entre tanto de sus derechos de voz y voto.

8 - Como regla general, de donde deben sacarse otras muy concretas, hay que evitar que la dirección esté en condiciones de tomar medidas de organización y actitudes políticas que una vez decididas sean de difícil rectificación; hay que precaverse contra el hecho consumado. No es el paso marcado por el conjunto de los militantes lo que hace la fuerza de un partido revolucionario, sino la común inspiración combativa, política, teórica, filosófica y moral. Ella le dará una cohesión y una fuerza de irradiación inalcanzables mediante cualquier reglamento disciplinario.

9 - Debe quedar escrito que el partido es un instrumento y parte de la clase revolucionaria, sin que pueda, en ninguna circunstancia, ocupar su lugar ni desempeñar su cometido. La confianza de la clase hay que ganarla; decretándola se la destruye. Por lo tanto, debe quedar garantizado el derecho de hacer llamamiento a la clase contra el o los partidos, el propio incluido.

Lo que impulsa la clase obrera a la revolución y al comunismo, no son sus conocimientos teóricos, ni una aspiración ideal, sino la necesidad de dejar de ser clase asalariada, clase, sin más. Tal necesidad es cada día más apremiante y palpable, y coincide con un devenir superior de la humanidad. Cuanto le ponga obstáculo es errado, apócrifo, o mucho peor, abyecto disimulo de trepadores... o de encañados ya.

Si entre esa necesidad revolucionaria de la clase, resumen de su cometido histórico, y los revolucionarios de cualquier procedencia se interponen ideas, tácticas, y estrategias aprendidas, deberán echarlas por la borda para merecer el nombre de revolucionarios.

En la España de 1936, se hizo célebre una frase de Durruti: "Renunciamos a todo menos a la victoria". De ahí partió la resbalada anarquista al lado del stalinismo y sus aliados, quedecían: "Primero la guerra, después la revolución". Muy otro habría sido probablemente el desenlace de aquella situación, caso de que los anarquistas hubiesen rectificado su tiro diciendo:

"RENUNCIAMOS A LO QUE SEA, SALVO A LA REVOLUCIÓN Y AL COMUNISMO".

El Estado capitalista habría sido formalmente abolido y el poder hubiese quedado, íntegro, en los Comités-gobierno de la clase trabajadora.

Así hoy, la divisa de cuantos cabe considerar como revolucionarios, a pesar de su conservantismo de escuela, debe ser:

"RENUNCIAMOS A LO QUE SEA, SALVO A LA REVOLUCION Y A LA SUPRESION DEL TRABAJO ASALARIADO, DINTEL DEL COMUNISMO".

En esa tarea está la junción y la fusión final de la clase y de los revolucionarios. Superar la distinción es sobrepasar la teoría, lo que sólo puede ser hecho transponiéndola en realidad social.

LA DIVINA CÓLERA DE "LE PROLETAIRE"

El periódico que se orna con tal título es el órgano del bordiguismo, ¡qué decimos!, el del Partido Histórico de proletariado internacional en Francia, para mayor precisión, el centinela del "Programa Comunista". En tal calidad, ha perdido la paciencia con nosotros, hasta ahora vigilados de reojo con cierta tolerancia, y sin poder más, nos suelta los improprios exigidos por su función. No por ser autodesignada es menos, sino más función de centinela. Tenemos pues que acudir a su vez, y tratar de excusarnos como cuando un policía del tráfico nos sorprende atravesando la calle fuera de los clavos. Y perdonemos nuestros camaradas y amigos esta lectura. Es un caso de fuerza mayor.

La gota que ha hecho estallar la cólera del centinela es la "REAFIRMACION" impresa en apéndice a la edición facsímil de la obra de Munis "Jalónes de derrota: promesa de victoria", reproducida en el n° 21 de Alarma, Tres cuartos de página de "LE PROLETAIRE" (n° 139, noviembre-diciembre 1972) están consagrados a hacernos cisco --à nous éreinter, se dice en francés. Hubiéramos tenido tiempo de incluir una réplica en el número de Alarma correspondiente al primer trimestre de este año, pero estaba en elaboración un artículo en que teníamos algo que decir sobre el partido histórico y su centralismo orgánico, y preferimos no leer siquiera el ataque del centinela antes de terminar, a fin de que no influenciase nuestro criterio.

Primera frase de su texto, primera falsedad: "El grupo hispano-francés Fomento Obrero Revolucionario...". No, centinela, hablas sin saber y con demasiada ligereza de cascos. F.O.R. no tiene nada de francés, aunque en vida militase en seno Benjamin Péret, y si lo tuviese sería obligación elemental tuya cerrar la boca, para impedir que se entere quien no debe; de lo contrario, podría llamársete, no ya centinela, sino algo peor.

Líneas después y a cuento de situarnos políticamente, pretende que en España "Munis y algunos trotskistas 'ortodoxos' formaron la izquierda del P.O.U.M., del que fueron expulsados en abril de 1937, establecieron relaciones con los libertarios de 'izquierda', Los Amigos de Durruti..." etc. Nuevas falsedades, cuatro al hilo. Munis no estuvo nunca en el POUM, por lo tanto no pudo haber sido excluido, tampoco formó una izquierda en su seno, y las "relaciones" del grupo trotskista de entonces con los Amigos de Durruti fueron fusil en mano, en lucha contra el stalinismo, no en abril, sino durante la insurrección de Mayo. Esperemos que el centinela no le tome a mal.

Esa manera de informar sobre nosotros no puede venir sino de lo que han dicho algunos anarquistas, que confunden el POUM con el trotskismo, y de la revista Autogestion et Socialisme, que bebe en iguales fuentes. No importa. Lo que persigue "Le Proletaire" es preparar el terreno para mostrar, párrafos adelante y no de manera más exacta, nuestras relaciones ideológicas... con Prouhon. Ya se verá. Ahora continuemos.

El párrafo segundo deja ver la hilacha del artículo en la siguiente tergiversación: la Reafirmación de Munis "merece algunas líneas de comentario, para mostrar que la superación del trotskismo" por parte de esos elementos (1) equivale pura y simplemente a una caída en el anti-bolchevismo anarquizante y espontaneista, en concordancia con el sedicente 'comunismo de izquierda' del pretense 'marxismo europeo' que ilustran Gorter, Pannekoek y otros Korsch".

He ahí una hoquedad que ilustra el desparpajo del "partido histórico"

=====

(1) Omitimos aquí un paréntesis de "Le Proletaire", mueca benevolente para el pasado de esos elementos que somos nosotros. Es superfluo.

para echarnos su cenizo, porque, o no han leído lo dicho por nosotros tocante a la espontaneidad y sus adyacentes, o les tiene al fresco. Esto es lo más probable, pues para ellos se trata de confirmarse y reconfirmarse en la propiedad privada de la revolución. En cualquier caso, acusación gratuita, de tarambaina.

El tercer párrafo comporta una falsedad confirmable por quienquiera, incluso por un centinela "Proletario", y dos errores significativos en la traducción de una cita sacada de Munis. La falsedad: "Munis hace de la revolución (?) española una apología semejante a la que puede encontrarse en textos anarquistas, los de Gastón Leval, por ejemplo". Es que antes aventurarse a tal afirmación, los escritores de "Le Proletaire" han leído las críticas del anarquismo contenidas en "Jalones de derrota: promesa de victoria"? Otra vez, les tiene al fresco. ¿Qué necesidad tienen de leerlas para continuar haciendo sus gargarismos? Por nuestra parte, queremos facilitarles esos ejercicios, diciéndoles que si por ventura un anarquista, fuere Leval o Perico el de los Palotes, defendiese la revolución española por las mismas razones que nosotros, y con parecida crítica, --lo que no ocurre--, y bien, atinaría, y por muy ácrata que ~~se dijese~~ sería mejor marxista que "Le Proletaire", en el caso referido al menos. Pero lo que nuestros maldicientes no aguantan es, simplemente, que se hable de una revolución en España. He ahí la coincidencia que motiva la falsedad anterior. Volveremos sobre ello.

Cachaza, y veamos la traducción viciada: Munis escribe que la revolución española "proyecta hacia el futuro importantes modificaciones tácticas y estratégicas. Tanto, que en el dominio del pensamiento no pueden elaborarse hoy sino despreciables remedos de teoría, si se prescinde del aporte de la revolución española, y precisamente en cuanto contrasta, superándolo o negándolo, con el aporte de la revolución rusa". El final de la cita, "Le Proletaire" lo traduce así: "car cette contribution, justement, s'oppose, en la dépassant ou en la nient, à celle de la révolution russe". El texto español dice muy adrede: en cuanto supera o niega. La versión del centinela convierte la parte en el todo. Y se acabó para nosotros la revolución rusa, que es lo que el centinela tiene que mostrar, y que más adelante reitera con recursos polémicos de peor calidad todavía.

El otro error hace recaer el vicio de traducción sobre la cabeza de los autores del artículo. Allí donde el texto español habla de "remedos de teoría", ellos ponen: "paradas de doctrina". A estas alturas y por muy depositarios del programa comunista que se consideren, parecen no haberse enterado de que uno de los fundamentos principales de dicho programa consiste en rechazar toda doctrina. Y no es que nos achaquen el ser doctrinarios. Es que lo son ellos, hasta el tuétano. La palabra se les viene sola a la boca, igual que el doctrinarismo se les escapa de continuo por todos los poros.

El cuarto párrafo nos adoctrina --cabe decirlo-- sobre lo que debe entenderse por estructuras y superestructuras. El texto inculcado, y pormenorizadamente el libro "Jalones", se refieren a la destrucción, por el proletariado, de las estructuras de la sociedad capitalista, "en lo económico, en lo político y en lo judicial". Los que es político y jurídico, nos sopla el centinela con ironía, corresponde a las superestructuras. Preguntémosle: ¿también el gobierno burgués con toda su maquinaria gubernamental, también el ejército y la policía, también los tribunales, también la casta clerical tan poderosa en España? Es a todo eso a lo que corresponden superestructuras de las cuales no habla la "Reafirmación". Acto seguido, otra lección del centinela, aun más desplazada, sobre las relaciones mercantiles en el capitalismo, por oposición a las relaciones jurídicas que durante el feudalismo ligaban entre sí a las personas, cual si hubiéramos dicho nosotros que la revolución española estableció nuevas relaciones jurídicas. Lo que creó, fueron tribunales propios, que juzgaban según su entender,

haciendo caso omiso de la antigua superestructura --esta vez sí-- jurídica del capitalismo, más sin que quedase formalmente abolida. Digamos a nuestro centinela, aunque lo echo en saco roto, que fueron precisamente las relaciones mercantiles que obligan los vientres vacíos a venderse al capital por un salario, las que, junto con los organismos estatales, sufrieron mayor quebranto. Pero el quebrantamiento no tuvo lugar según el esquema que llevan incrustado en la cabeza él y otros muchos por quienes siente un desprecio que no siempre justifican sus propias posiciones. ¿Se quiere mayor demostración de su inexistencia?

Obsérvese ahora su explicación de la revolución rusa: "Verdad es que, en el plano económico, la revolución rusa no sobrepasó nunca el estadio burgués, pero precisamente porque tuvo que instaurar el capitalismo por medio de nacionalizaciones (1) que representaban su fase inicial, la de la acumulación primitiva y no la fase final de capital monopolista. Fue permanente (en el sentido de Marx) porque si en efecto fue una revolución burguesa en el plano económico, fue realizada por el proletariado con la perspectiva de la revolución internacional. Políticamente, la dictadura del partido bolchevique (incluso obstaculizada por las necesarias "buenas relaciones con el campesinado") la convirtió en un episodio de la revolución proletaria mundial, el único victorioso. Nunca los bolcheviques pensaron (y para los stalinistas no ha sido nunca, ni es sino un tema de propaganda) 'saltar' o peor aún 'abatir' el capitalismo en la Rusia pre-capitalista sólo. El juegucito de Munis --tomado de Pannekoek-- está claro: presentar la revolución bolchevique como una revolución burguesa incluso en el plano político a fin de liquidarla. Entonces el stalinismo, en lugar de ser producto del reflujo de la revolución internacional (producto que, a su vez, tiene un efecto contrarrevolucionario en el plano político exclusivamente) conviértese en un fenómeno aberrante, una monstruosidad de la historia (o mejor, el 'castigo' a la incapacidad de los bolcheviques para destruir un capital inexistente) ¡y contra toda realidad histórica se habla de 'urgencia de la revolución!'".

"Le Proletaire" centinela miente, si no adrede sí por ignorancia imperdonable, al decir que para nosotros la revolución rusa no es más que burguesa por los dos costados. Y el juegucito en cuestión es el suyo, además con una incoherencia palmaria. En efecto, cuando nosotros escribimos que en 1917 hubo revolución permanente o democrático-burguesa hecha por el proletariado con vistas a la revolución mundial, afirmamos implícitamente (y esta dicho explícitamente) que no fue una revolución burguesa en ningún plano, entérense los pedantes. Porque tal categoría de revolución, para serlo, tiene que desarrollar las estructuras y las superestructuras (el derecho en todos sus aspectos) de la clase burguesa, clase que se distingue, principal si no exclusivamente, por la propiedad privada de los instrumentos de producción, y al margen de lo cual no existe ella ni su revolución. Por ende, cuando hablamos de la muerte de la revolución comprendemos en ella, está claro, la perspectiva socialista y la revolución democrática. Lo que muere es la revolución permanente, aquello mismo que había sido hecho.

Muy otro es el sesgo interpretativo de los centinelas del programa comunista. Según su saber --examinese de cerca la cita anterior-- la revolución "tuvo que instaurar el capitalismo mediante estatizaciones que representaban la fase de acumulación primitiva, no la final de capital monopolista". Esa afirmación basta para darnos por resultado una revolución burguesa y nada más que burguesa, realizada por "la dictadura del partido bolchevique". Pannekoek no pretende otra cosa y lo dice con mejor lógica, aunque no con mayor razón. De hecho, el bordiguismo se sitúa en eso más atrás de Pannekoek, se atasca en la acumulación primitiva, que en la evolución his-

=====

(1) Este subrayado es nuestro; los otros de mano de "Le Proletaire".

tórica se sitúa bastante antes de la posibilidad misma de revolución burguesa.

El lío es casi inextricable. Se nos dice para empezar que los bolcheviques instauraron deliberadamente la acumulación primitiva del capital, mediante nacionalizaciones, por lo cual se trataba, en lo económico, de revolución burguesa. Acto seguido que la dictadura de los bolcheviques representaba un episodio de la revolución mundial, una revolución proletaria en lo político, por consecuencia. Pocas líneas después, que Rusia se hallaba en estadio pre-capitalista y que por ende los bolcheviques no podían destruir "un capital inexistente". Ahora bien, en semejantes condiciones, no ya la revolución proletaria, sino la propia revolución burguesa se convierte en absoluta imposibilidad, a menos de creer que la historia la forjan algunos genios, con independencia total de las condiciones materiales. No había capital, luego los bolcheviques tuvieron que sacárselo de la manga para nacionalizarlo. ¿Qué nacionalizaban si no? ¿Y de donde, en tal caso, sale un proletariado ruso tan avezado en achaques revolucionarios que instaura su dictadura y toma la delantera de la revolución mundial? ¿Inspiración e intereses del proletariado mundial? La Liga Comunista dice eso para permitirse hablar de una "auténtica revolución proletaria en China"? Los parentescos políticos existen aún execrados por ambas partes. De no ser así, arcano. Mas en fin de cuentas, ¿qué es lo que hace ese proletariado ruso, o ese partido bolchevique sin proletariado? Se ponen a realizar... la acumulación ^{primitiva} ampliada del capital. En el primer caso, actúa políticamente antes de existir, y luego se autoengendra económicamente, puesto que su aparición como clase es paralela a la acumulación ampliada del capital. Tratándose de los bolcheviques sin proletariado, y bien, éstos se ponen a realizar la operación más inmundada de la historia del capitalismo. Dícelo el tan alerta centinela del programa comunista. Por nuestra parte, sin señalar otras incoherencias, declaramos que semejante interpretación del gran Octubre es descabellada y denigrante para todos sus protagonistas, bolcheviques en cabeza.

Si algún sentido podía tener la revolución permanente (en el concepto de Marx, para no salirnos del terreno vallado por nuestros contradictores) es el de una sublevación o revolución que, empezando por destrozarse en Rusia el armatoste político y económico del zarismo, desencadenase la revolución comunista en la Europa industrializada y consintiese allí el entronque directo con la misma revolución. No podía pasarle por las mientes a Marx, que el entonces tenue proletariado ruso se consagrara, aún si fracasaba la revolución europea, a explotarse y martirizarse a sí mismo, a fin de acumular un capital inicial, faena achacada por nuestro centinela a los bolcheviques.

No otro que el indicado por Marx fué el embate de los bolcheviques. No es verdad que el comunismo de guerra fuese sólo un expediente de "ciudad sitiada". Fué también un comienzo rudimentario y en condiciones paupérrimas, de supresión de las relaciones económicas capitalistas. Lo recuerda Trozky en "De Octubre rojo a mi destierro". Es, por el contrario, el capitalismo de Estado ideado luego por Lenin el que quería ser, poder efectivo de los soviets mediante, un expediente de país revolucionario sitiado, al aguardo de que el proletariado europeo rompiera el sitio. Al "Proletario" centinela se le han colado esos dos hechos sin verlos, pues al parecer, en su entendimiento no cabe que un país atrasado aborde la revolución comunista sino por medio de la acumulación ampliada del capital hasta la fase monopolista. Con ello, dicho quede al paso, gratifica de positiva la acción contrarrevolucionaria del stalinismo. ¿Qué ha hecho en su criterio, sino prolongar la acumulación que :él endilga a los bolcheviques como propósito deliberado y hasta científico, desde antes del retroceso de la revolución europea? Y así, mientras nos acusa en falso de decir que la revolución de marras fué burguesa en lo político tanto como en la económico, él ve en el stalinismo la continuidad económica del bolchevismo, el completamiento de la revolución

burguesa, hasta la fase monopolista. Contrarrevolución política, sí, pero revolución económica. Con tu pan te la comas, centinela.

De todos modos, y cualquiera sea el renqueo de su análisis, el bordiguismo admite que el stalinismo en Rusia tiene por base el capitalismo de Estado. Pero, sin reparar en la contradicción, sostiene que en Francia, Italia, España, etc., y por descontado en la España de 1936, la actuación del stalinismo es de naturaleza reformista, oportunista, revisionista. Ello le dá motivo a zarandearnos otra vez en los párrafos seis y siete, porque nosotros lo negamos. Nótese con qué clase de rigor y con qué exculpabilidad crítica lo hace:

Según Munis, en España el stalinismo "no ha desempeñado el papel de auxiliar de la burguesía, de Kerensky o de Noske (fin de la cita de Munis y continua el centinela por su cuenta) sino que ha hecho la contrarrevolución en sí. ¿Y por qué? Evidentemente por 'appetit du pouvoir' (ansias de poder), para hacer su revolución totalitaria..." Los lectores de "Le Proletaire" quedarán así convencidos de nuestra majadería, sin saber que el entrecomillado "appetit du pouvoir" no nos pertenece, ni tampoco las palabras, para hacer su revolución totalitaria. Uno y otras son invención e introducción del celoso centinela. Si hemos dicho y sostenemos, que el stalinismo hizo la contrarrevolución en España, mas no en sí, sino para sí. Que nos diga el centinela si el stalinismo en Rusia encontró su impulso contrarrevolucionario en la mera apetencia de poder, o en el uso y abuso de la plusvalía, poder máximo. Y en China, y en Alemania, y en Polonia, etc. hasta en la pequeña Cuba misma.

En fin de cuentas --añade el centinela-- fueron precisamente los stalinistas quienes "desempeñaron el papel de 'tontos útiles' y fueron liquidados en 1939 por cierta junta Casado. No está enterado, o no quiere enterarse, de que Casado y Miaja eran hombres del stalinismo, de que el golpecito de la junta le fué sugerido a Casado por el mismísimo Negrín, con el beneplácito de sus mentores, los líderes stalinistas; tampoco de que el partido stalinista proclamó en Madrid no oponerse a la junta, y menos todavía de que la entrega de todo a Franco estaba decidida en Moscú, que abandonaba el terreno a Franco-Hitler-Mussolini, en prenda del ya maditado pacto Hitler-Stalin.

"Le Proletaire" llega a algo peor en aras de la doctrina en torno a la cual monta la guardia. Según él, son los stalinistas quienes fueron liquidados. Algunos sí, ¿pero defendiendo qué, centinela? Desde 1938, el stalinismo era la policía. En cambio, no tiene sino palabras despreciativas para los Comités-gobierno, que según él no sólo defendían la república burguesa, sino que dejaron "echar fácilmente una cruz" sobre las transformaciones revolucionarias (para él inexistentes). Hágase memoria de que el stalinismo negó también la existencia de una revolución proletaria, de que tachó de robos las expropiaciones, de tribus de salvajes las milicias obreras, y de que cuando reconstituyó como suya y con armas rusas la policía, reclamó: fuera los comités, todo el poder para el gobierno, quienes quieren hacer la revolución social o hablan de ella son agentes de Franco, y otras lindezas. A vuestra digestión las ofrecemos, apoderados del 'Programa. Nos gustaría ver cómo os las arreglais para acomodar todo eso con vuestra doctrina.

Estábamos en que los Comités-gobierno idejaron, fácilmente! No da uno crédito a sus ojos. Centenares de luchas de los comités, de grupos obreros y de milicianos contra el poder oficial, a menudo contra el stalinismo directamente, muchas de ellas luchas armadas, una que duró varios días por el dominio de la frontera con Francia, en manos de los comités. Fruslerías, decretó la doctrina desde 1936. Mejor, una insurrección proletaria contra la reacción stalinio-capitalista. Más de mil muertos en combate, centenares, millares de asesinados después: "Los revolucionarios amanecían asesinados (por el stalinismo, centinela de tu ombligo) en las cunetas de las carrete-

ras, en número mayor que en la zona franquista" (Irujo dixit y los muertos hablan). Para colmo, procesos tipo Moscú, entre ellos el del POU y el nuestro. Todo eso y mucho más, escrito no sólo en "Jalones", nada, episodios risibles de "la clownesca república española", a la cual, en resumen, Franco "le dió lo que se merecía".

Después de tal retorsión de acontecimientos históricos verificables por quienquiera, apenas es necesario indicar que las acusaciones de remasticar el prodhonismo, de anarquismo, etc., se basan en retorsiones del breve texto "Reafirmación", y en la completa ignorancia de la dicho en "Jalones", sin que falten, como antes, palabras entre comillas ajenas a nuestra pluma. El pináculo de la retorsión lo alcanza "Le Proletaire" saltándose a la torera una cita de Marx dada en la "Reafirmación", pues evidentemente no cuadra con su doctrina. Una sola cosa de certera se nos dice, a saber, que para conservar las conquistas revolucionarias hay que tomar el poder. Pero si el centinela o cualquier relevo suyo ^{hubiese} se dadas la molestia, no ya de leer, es demasiado pedirles, sino de hojear el libro referido, habría topado sin dificultad con alguna página en que se afirma ese lugar común mas que centenario. Con mayor precisión, en el capítulo "La Propiedad", a cuyo respecto nos tacha de prodhonismo "Le Proletaire", irresponsable, calumniosamente, y haciendo trampa.

En efecto, está dicho en la reafirmación con palabras de Marx, que lo que necesita la clase obrera es "erigir una barrera infranqueable, un obstáculo social, que le vede tener que venderse al capital por 'contrato libre, ella y su progenitura, hasta la esclavitud y la muerte". Y a continuación sigue hablando Munis: "Le hace falta pues disponer a su albedrío de toda la riqueza social que hoy constituye la plusvalía del capital..." El artículo del centinela recoge esto último, pero las palabras de Marx las ha censurado. Evidentemente a fin de estar luego en condiciones de escribir (párrafo 10 del artículo) refiriéndose a Munis y dando esquinazo a Marx: "Pero cómo realizar todo eso? Nada más facil: basta "poner entre paréntesis" el período de transición con sus medidas despóticas graduales...". El celoso centinela no ha inventado las palabras, poner entre paréntesis el período de transición, pero así utilizadas, hace creer mentirosamente a sus lectores que son nuestras. Mas en su artículo si hay algo tragado, suprimido: la cita de Marx, la barrera infranqueable, el obstáculo social que impedirá al proletariado tener que venderse al capital. No se puede concluir sino que esa no entra entre "las medidas despóticas graduales" que el partido histórico cogita para inmeditamente después de la revolución. En nuestro concepto, por el contrario, es la más importante de las imposiciones de la dictadura del proletariado, y sin ella no existirá jamás período de transición al comunismo. Ahí se inicia de necesidad. Sirvanse nuestros contradictores decirnos, por lo menos, quien va a administrar la actual plusvalía y cuando se elevará el mentado obstáculo social. Somos todo oídos.

Como se ve, desenredar es mucho más laborioso que enredar y de propina trabajo aburridísimo. Sin inquietarnos más de otros enredos y tergiversaciones, demos a saborear el párrafo más sentencioso del centinela:

"Si ese, repitámoslo, es el 'sobrepase' del trotskismo, el remedio es, con mucho, peor que la enfermedad. Y en el año de gracia de 1972 no se puede continuar hablando de 'enfermedad infantil', extremista. Lo que aparece ante nosotros es más bien un cuadro de involución senil oportunista, que vuelve a machaconear los lugares comunes del infantilismo pre-marxista proudhoniano". Cuanto tenía que decir "Le Proletaire" a propósito de nosotros, incluso eso, estaba ya contenido en el título de su artículo: "Enfermedad infantil, o chochería senil?". Apreciaciones de tal porte sólo cabe dejarlas a juicio de terceros, a menos de responder a la verdulera con lengua de verdulera.

Tras lo expuesto, cerramos enviando de rebote al celoso centinela del "Programa Comunista", su propio ripio. De entrada, su artículo nos echa los perros diciendo: "Fomento Obrero Revolucionario se ha hecho célebre, (al modo de Eróstrato) mediante un texto titulado --discúlpese la nimiedad-- Pro Segundo Manifiesto Comunista". Simple modo de dar a entender que nosotros y cero todo es cero, la osadía tras un signo menos. Tirando de enciclopédico para familiarizarnos con nuestro antepasado, encontramos que el tal Eróstrato era un cualquiera habitante de la ciudad griega de Efeso, que deseando inmortalizarse --cuenta la leyenda-- injurió e incendió el templo de la diosa Diana, pero precisamente la noche del nacimiento de Alejandro el Grande. Los habitantes de Efeso prohibieron pronunciar su nombre, bajo pena de muerte. Ya saben a lo que se exponen, al menos por parte de los lugareños de ese santuario que es "el partido histórico", los camaradas y amigos que se atrevan a articular nuestro apelativo, pues nosotros nos esforzaremos, día adía, en poner fuego a los templos en que se recalienta cualquier doctrina. Son el postrer refugio de los fantasmas religiosos que el iconoclasta Karl Marx recomendaba espantar.

Entre el templo, Alejandro y Eróstrato, nos quedamos con el oscuro Eróstrato.

& & & & & & & &

EXCUSAS A "INTERNATIONALISM"

El grupo "Internationalism", de Estados Unidos, ha publicado una crítica del opúsculo "Les Syndicats contre la révolution", que nosotros hemos prometido dar y contestar en Alarma. Nos disculpamos de no poderlo hacer en este número. Su artículo y nuestra réplica quedan en reserva para nuestra próxima aparición.

= = = = =

Textos de Fomento Obrero Revolucionario:

LLAMAMIENTO Y EXHORTO A LA NUEVA GENERACION	1 franco
Pro SEGUNDO MANIFIESTO COMUNISTA (bilingüe: español-francés)	9 francos
LES SYNDICATS CONTRE LA REVOLUTION	6 "
JALONES DE DERROTA: PROMESA DE VICTORIA (España 1930-39)	32 "

Pedidos y giros a nuestra dirección: Mlle. Nicole Espagnol
125, rue Caulaincourt
75018 Paris - Francia

Recordamos a cuantos interese, que la mejor manera de ponerse en relación con nosotros desde España, es a través de cualquier persona residente en el extranjero.

COPIENSE Y DIFUNDANSE LOS TRABAJOS DE ESTE BOLETIN
QUE SE CONSIDERE CONVENIENTE